

modo esta combinación. Había Napoleón, como dejamos dicho, llamado á París la hija del primer matrimonio de Luciano, que le había sido enviada para no hacerla víctima de los disgustos de sus padres; pero desgraciadamente esta doncella, criada en el destierro, donde había escuchado las quejas más amargas contra la familia omnipotente que se repartía los tronos de Europa, sin acordarse siquiera de un hermano alejado y obscurecido, no podía llevar á París las ideas que de ella se deseaban. Aunque estaba bajo la dirección de su abuela la emperatriz madre, que la cuidaba con todo esmero, hallaba en ella una severidad y en sus tías una negligencia que la desviaban en cierto modo de aquellas personas á las cuales más bien cobraba respeto que cariño. Napoleón, que para el caso en que se decidiese á enviarla á compartir el trono de España, quería saber si se hallaba con las disposiciones que cumplían á su política, la hacía observar atentamente y había dispuesto que se abriese en el correo su correspondencia. No bien acababa de llegar á París se la interceptaron cartas en que refería acerca de su abuela, de sus tías y de su tío Napoleón rumores poco favorables á la familia imperial. Al ver Napoleón estas cartas dejó escapar una sonrisa maligna, y convocando inmediatamente en las Tullerías á su madre y hermanos, mandó leer ante aquella asamblea de familia los escritos interceptados. Holgóse mucho de la cólera que excitaron en los testigos de esta escena, todos azas mal parados en aquella correspondencia, y después, pasando de repente de una satisfacción irónica á una fría severidad, mandó que en el término de veinticuatro horas fuese despedida su sobrina, y que al día siguiente se la pusiese en camino con dirección á Italia. No quedaba ya, pues, para España ninguna princesa de la familia de Bonaparte; porque madama Tascher, recientemente admitida en la familia imperial, no pertenecía á ella (1): acababa Napoleón de adoptar á esta joven, sobrina de la emperatriz Josefina, y de enviarla á Alemania para casarla con el heredero de la casa real de Aremberg. En caso de mezclar su sangre con la de los Borbones, hubiera querido que fuese su propia sangre, y no la de su mujer, por mucho amor que á ésta tuviese.

Aun sin este acontecimiento, Napoleón hubiera acabado probablemente por preferir el partido más decisivo, esto es, el destronamiento de los Borbones. Pero era ya tarde para elegir: la única solución que le quedaba era derribarlos para substituirles un individuo de su familia; pero siempre subsistía la dificultad del pretexto de que había de valerse para destronarlos sin hacer una grave ofensa á la pública opinión de España,

(1) La señora duquesa de Abrantes, escritora de reconocido ingenio, pero no siempre bien informada, ha dicho en sus *Memoorias* que la hija del príncipe Luciano no fué á París, y que el no haber querido su padre enviarla allí había sido causa de grandes acaecimientos, porque precisado entonces Napoleón á renunciar á su enlace con los Borbones de España, trató de destronarlos. Este aserto es inexacto. La hija del príncipe Luciano fué á París, aunque no permaneció allí por causa del incidente que acabamos de referir. Los pormenores de mi narración me han sido comunicados por un individuo de la familia imperial, testigo ocular de la escena que he descrito, y por un personaje en la actualidad miembro de nuestra asamblea, que fué designado para acompañar á la princesa en su regreso á Italia (encargo que no admitió).

(N. del A.)

Francia y Europa. No pudiendo hallarlo en la abyecta sumisión del gobierno español á sus caprichos, esperaba que se lo proporcionaran los mismos acontecimientos. Las escisiones de la corte, los escandalosos fueros de la reina y del valido, el rencor mutuo entre éstos y el heredero de la corona, la impaciencia de la nación próxima á sublevarse: todas estas pasiones, que iban creciendo de hora en hora, podían llegar á producir explosión repentina y dar origen al pretexto deseado. Era además fácil echar de ver que la introducción sucesiva de las tropas francesas en España contribuía mucho á aumentar la exaltación de los ánimos, por las esperanzas que inspiraba á unos, los temores que infundía á otros y la ansiedad que producía en todos, y que quizás acabaría por provocar un desenlace. Por otra parte, de este conjunto de causas podía resultar una cosa muy conveniente para Napoleón, cual era la fuga de la familia real de España, imitando á la familia real de Portugal y yendo como ella á buscar un asilo en América. Una fuga semejante hubiera contribuido sobre manera á dejar á Napoleón desembarazado, poniendo á su merced un trono vacante que tal vez la misma nación española le hubiese adjudicado en su indignación contra los tráfugas. Desde aquel momento, esta nueva emigración á América de una dinastía europea vino á ser la solución en que se fijó, como la menos odiosa y la menos repugnante para el público civilizado. Uno de los modos más seguros de producir este resultado era aumentar el número de las tropas francesas en España, rebozando sus intentos con el manto de un misterio cada vez más impenetrable, y no dejó de utilizarlo. Precisado á contestar á las dos cartas de Carlos IV, que le pedía la mano de una princesa de Francia para Fernando y la publicación del tratado de Fontainebleau, respondió á la primera que, aunque consideraba muy honroso para su casa el deseo que le manifestaba la familia real de España, quería sin embargo, antes de explicarse, saber si el príncipe de Asturias, recientemente perseguido como reo de Estado, había vuelto á la gracia de sus augustos padres, añadiendo que ninguna princesa querría *desposarse con un hijo deshonrado*. Contestó á la segunda que, no estando todavía los asuntos bastante adelantados en Portugal para que pudiera desmembrarse su administración, y menos aún dividirse allí el mando militar en presencia de los ingleses próximos á un desembarco, convenía abstenerse de agitar el espíritu de los pueblos con una revelación prematura de la suerte que les estaba deparada; que por todos estos motivos importaba evitar todavía por cierto tiempo la publicación del tratado de Fontainebleau. La entrega de estas dos cartas tan ambiguas fué encomendada á un empleado de la legación francesa llamado Mr. de Vandeuil, sin añadir la menor explicación que pudiera disipar su obscuridad. A este proceder misterioso agregó Napoleón un nuevo aumento de fuerzas.

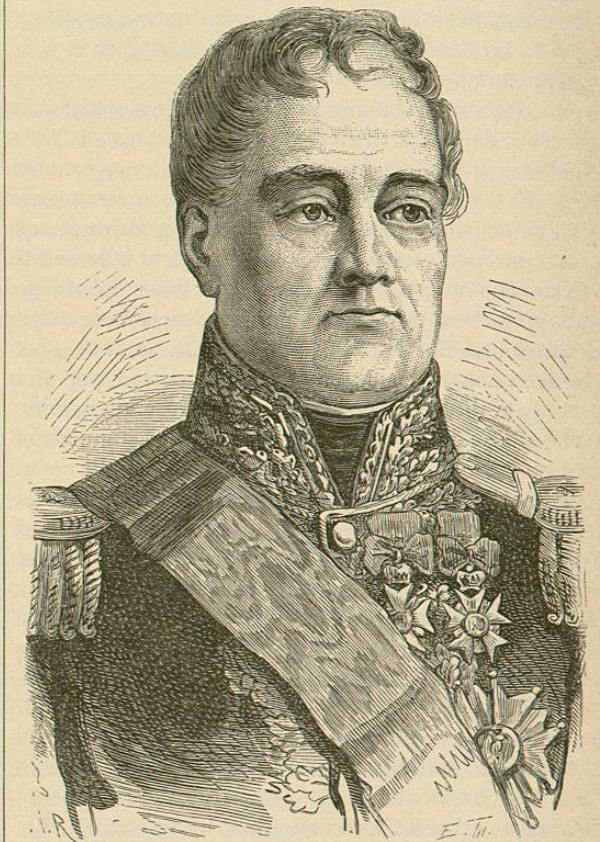
Ya hemos visto con cuánto esmero atendía á la organización de los cuerpos destinados á la España, sin debilitar sus ejércitos de Alemania y de Italia. En efecto, había compuesto el ejército de Portugal con los antiguos campamentos de las costas de Bretaña y Normandía; el ejército del general Dupont, llamado *Cuerpo del Girona*, con los tres primeros batallones de las cinco legiones de reserva y con algunos batallones sui-

zos ó parisienses; el ejército del general Moncey, llamado *Cuerpo de observación de las costas del Océano*, con doce regimientos provisionales sacados de los depósitos del grande ejército; la división de los Pirineos occidentales, destinada á Pamplona, con unos cuantos batallones que habían quedado en los campamentos de Bretaña y Normandía; por último, la división de los Pirineos orientales con los regimientos italianos ó napolitanos que no habían servido en Alemania, disponibles ya con el regreso del ejército de Italia. Quiso reforzar estas dos últimas divisiones y crear además una reserva general para todos estos cuerpos.

Aumentó la división de los Pirineos occidentales adjudicándole cuartos batallones de las cinco legiones de reserva cuya organización se concluía á la sazón. Componíase de tres mil hombres que, agregados á los tres ó cuatro mil encaminados ya por San Juan de Pie de Puerto hacia Pamplona, debían formar una división de seis ó siete mil, suficiente para ocupar esta plaza é invigilar el Aragón. Púsola bajo las órdenes del general Merle, y encargó al general Moutón, que había sido primeramente nombrado para mandarla, que fuese á inspeccionar los demás cuerpos del ejército. Aumentó Napoleón la división de los Pirineos orientales, compuesta de italianos, adjudicándole batallones provisionales sacados de los depósitos franceses situados entre Alejandría y Turín, atestados de reclutas ya instruídos. Esta nueva división francesa debía ser de cinco mil hombres y formar bajo el general Duhesme, agregada á la división italiana de seis ó siete mil que mandaba el general Lechi, un cuerpo muy suficiente para tener sujeta á Cataluña.

Por lo tocante á la reserva general, organizó Napoleón en Orleáns su infantería y en Poitiers su caballería. Valióse del mismo medio que había empleado para formar el cuerpo del general Moncey, y reunió en Orleáns nuevos batallones provisionales sacados de los depósitos que no habían aún suministrado destacamentos para España. Encargóse al general Verdier el mando de estos seis nuevos regimientos provisionales de infantería, designados con los números 13 hasta el 18. Reunió Napoleón en Poitiers cuatro nuevos regimientos provisionales de caballería, sacados también de los depósitos, formando un conjunto de tres mil jinetes de todas armas, entre coraceros, dragones, húsares y cazadores, bajo el general de caballería Lasalle, hombre de mérito poco común. Restituyó al campamento de Boloña, á la guarnición de París y á los campamentos de Bretaña los diez regimientos veteranos traídos del grande ejército; con lo que, en caso necesario, tenía á su disposición nuevos y excelentes recursos. Por último, encaminó secretamente hacia Burdeos algunos destacamentos de la guardia imperial de infantería, caballería y artillería, sospechando que pronto tendría que pasar en persona á España para producir el desenlace que deseaba. Culculando en veinticinco mil hombres el cuerpo del general Dupont, en treinta y dos mil el del general Moncey, en seis ó siete mil la división de los Pirineos occidentales, en once ó doce mil el cuerpo de los Pirineos orientales, en diez mil las dos reservas de Orleáns y Poitiers, y en dos ó tres mil las tropas de la guardia, podía suponerse que representarían una fuerza de ochenta y tantos mil hombres las tropas dirigidas á España, sin contar el ejército de Portugal, lo que hacía ascender á más de

cien mil los reclutas destinados á la península. Pero eran éstos tan jóvenes y tan poco hechos á las fatigas, que forzosamente tenía que resultar una grande diferencia entre el número de los puestos en lista y el de los soldados presentes sobre las armas. Además, una cuarta parte por lo menos de su número efectivo estaba aún de marcha en el discurso del mes de enero de 1808. Deseoso Napoleón de acelerar el desenlace mandó á sus tropas emprender sobre Madrid un movimiento más decidido. La carretera que á esta capital conduce se divide en dos á la altura de Burgos: uno de estos



El general Moutón

ramales atraviesa el reino de León por Valladolid y Segovia, cruza el Guadarrama hacia San Ildefonso y va á parar á Madrid por el Escorial; y el otro atraviesa á Castilla la Vieja por Aranda, cruza el Guadarrama en Somosierra (nombre famoso en nuestros fastos militares), y toca en Madrid por Buitrago y Chamartín. Hallándose, pues, los dos cuerpos de Dupont y de Moncey, el primero en Valladolid (camino de Salamanca) y el segundo entre Vitoria y Burgos, antes de llegar al punto en que la carretera se divide, aún no habían dado un paso que pudiera indicar la intención de marchar sobre Madrid. Mandó Napoleón al general Dupont que dirigiese una de sus divisiones hacia Segovia, y al general Moncey que enviase otra de las suyas sobre Aranda, so pretexto de mantener sus comunicaciones para acampar. Quedaba por lo tanto manifiesto el proyecto de encaminarse á Madrid; además, la entrada de las tropas francesas en Cataluña y Navarra, que era forzoso ya disponer para ocupar Barcelona y Pamplona, revelaba ya con toda claridad que el verdadero objeto de estos movimientos no era Lisboa. A fin de dar una explica-



ción que sólo pudiera creerse á medias, Napoleón, al mandar al general Duhesme que penetrase en Cataluña y al general Merle que entrase en Navarra, hizo significar á la corte de España, por conducto de Mr. de Beauharnais, su intención de emprender un movimiento doble de tropas sobre Cádiz, el uno atravesando la Cataluña y el otro atravesando la Extremadura y la Andalucía. Podía aparentemente motivar esta expedición la escuadra francesa surta en Cádiz; pero de todos modos, aunque llegara á cundir alguna desconfianza, ya en la corte, ya entre el pueblo, sobre el objeto que se alegaba, resultaría á lo sumo un incremento de alarma que á Napoleón no le pesaría, puesto que sólo conspiraba, si no desde luego al menos próximamente, á la fuga de la familia real.

Era demasiado ventajoso para Napoleón el sistema de tener sus depósitos siempre llenos de reclutas alistados con anticipación é instruidos doce ó quince meses antes de pasar á los diferentes cuerpos para que renunciase á él, principalmente cuando se proponía formar en el litoral europeo campamentos numerosos al lado de sus escuadras; por cuya razón, después de haber reclamado en la primavera de 1807 el cupo de 1808, trató de exigir desde el invierno de 1808 el cupo perteneciente al 1809. Aprovechaba la coyuntura de esta petición por otra parte para dirigir al senado una comunicación y darle una explicación especiosa de la inmensa acumulación de tropas que estaba verificando al pie de los Pirineos. Reunido, pues, el senado el día 21 de enero, oyó la lectura de un informe sobre las negociaciones con el Portugal y sobre la resolución, tomada ya y hasta ejecutada, de invadir los dominios de la casa de Braganza. Sirvió esto de pie para desarrollar el sistema de ocupación de todas las costas del continente, con objeto de corresponder al bloqueo marítimo con un bloqueo continental. Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely, autor del discurso presentado al senado, dijo que así como el alistamiento de 1808 había sido la señal y el instrumento de la paz continental firmada en Tilsit, el alistamiento de 1809 lo sería de la paz marítima. Desgraciadamente ésta debía firmarse en un paraje que nadie conocía ni podía indicar. Renovábase la antigua promesa de no emplear más que en los depósitos á los reclutas llamados con un año de anticipación, para atenuar el mal efecto de estos alistamientos anticipados. Anunciábase en otro informe la incorporación al imperio, en virtud de tratados anteriores, de Kehl, Cassel, Wesel y Flesinga: Kehl y Cassel como indispensablemente anejos á las plazas de Strasburgo y Maguncia; Wesel como un punto de grande importancia en la corriente inferior del Rhin, y Flesinga, por ultimo, como puerto de un establecimiento marítimo cuyo astillero era Amberes. Esta última comunicación conducía á una profesión de fe imperial sobre el desinterés de la Francia, que después de haber tenido en sus manos el Austria, la Alemania, la Prusia y la Polonia, nada se había apropiado, y se había contentado con adquisiciones tan insignificantes como Kehl, Cassel, Wesel y Flesinga. Quería Napoleón que el nuevo reino de Westfalia, por ejemplo, se considerase, no ya como una extensión de territorio, puesto que se había adjudicado á un príncipe independiente, sino como una mera dilatación del sistema federativo del imperio francés.

Buenos ó malos, estos argumentos expuestos en un lenguaje brillante y grandioso, en que habían contribuido Napoleón con las ideas y Mr. Regnaud con el estilo, fueron según costumbre recibidos con una respetuosa inclinación de cabeza por parte de los senadores y acompañados con la votación del alistamiento de 1809.

Con este nuevo cupo de ochenta mil hombres iba á ascender á cerca de novecientos mil la masa total de las tropas francesas, esparcidas en el Vístula, en el Óder, en las riberas del Báltico, en los Alpes, en el Po, en el Adige, en el Isonzo, en las costas de la Iliria y de las Calabrias, y por último en el Ebro y en Tajo. Agregando á éstos cien mil aliados por lo menos, venían á juntarse más de un millón de hombres, cuyas tres cuartas partes eran veteranos, tan buenos por lo menos como los soldados de César, y conducidos por un hombre que en cuanto al genio militar era superior al capitán romano. ¿Qué no hubiese sido posible con fuerzas tan colosales, las mayores de que dispuso jamás mortal ninguno, si la prudencia política hubiera servido de freno á los arrebatos de la victoria? Cada vez que hacía su recuento experimentaba Napoleón una satisfacción peligrosa: apurábale sólo el tener que pagarlas; pero para sustentarlas contaba con la continuación de la guerra en los países extranjeros y con la paz para poder disminuir su número efectivo sin disminuir los cuadros. Esta prodigiosa potencia militar era lo que le servía de apoyo para atreverse á todo, para quererlo todo, considerándose en su maravillosa altura dispensado de las leyes de la moral ordinaria, autorizado á dar y quitar tronos como la Providencia, y siempre justificado como ella por la grandeza de los designios y de los resultados.

A esta época se refiere el origen de una idea de organización militar, que ocupó después siempre á Napoleón, y que, aunque no enteramente buena en sí misma, podía para él ser en cierto modo ventajosa: reducíase á convertir los regimientos franceses en legiones semejantes con corta diferencia á las legiones romanas. El batallón, compuesto de setecientos á ochocientos soldados, cuya medida es la potencia física del hombre, el cual no puede mandar directamente un número mayor; el regimiento, compuesto de tres ó cuatro batallones, cuya medida es la solicitud del coronel, que no puede extenderse con toda la eficacia requerida á mayor número de individuos, han sido siempre en los tiempos modernos la base de la organización militar. De varios regimientos se forma una brigada; de varias brigadas la división; de varias divisiones el ejército entero. Déjase generalmente aparte un batallón, llamado batallón de depósito, en el cual se sigue la costumbre de reunir la gente más débil ó convaliente ó no instruida todavía, con los oficiales menos aptos para el servicio activo, con objeto de proporcionarse á un mismo tiempo un paraje de descanso y de instrucción y de suministrar batallones de guerra á los alistamientos continuos. Manejando, pues, esta organización con arte sumo, había sabido Napoleón crear aquellos ejércitos formidables que, arrancando del Rhin, y aun á veces del Adige y del Volturno, iban á batirse y á vencer al Vístula ó al Niemen. El esmero con que constantemente había cuidado de los depósitos había sido tanto como su genio bélico la causa secreta de sus triunfos. Ahora su arte iba á complicarse, su solicitud iba á dilatarse á medida que aquellos depósitos,

en el Po y en el Rhin, que habían suministrado ya destacamentos á los ejércitos de Prusia y de Polonia, fuesen suministrándose también á los ejércitos de España, Portugal é Iliria.

Para no perder de vista á ciento diez y seis regimientos de infantería, á ochenta de caballería, de los que se había sacado un número considerable de cuerpos provisionales, y además la guardia imperial, los suizos, los polacos, los italianos, los irlandeses, los auxiliares alemanes y españoles; para no perder de vista al regimiento con sus destacamentos en ningún país, dirigir su formación, su instrucción y colocación, para poder asegurar el empleo más conveniente á cada uno y precaver la desorganización que podía nacer de la dislocación de sus partes, porque muchas veces un regimiento cuyo depósito estaba en el Rhin tenía batallones en Polonia, en Alemania, en España y en Portugal, se requería una atención difícilísima y en sumo grado fatigosa hasta para el más incansable de todos los genios. Imaginó, pues, Napoleón formar sesenta legiones, en vez de ciento veinte regimientos, compuestas cada una de ocho batallones de guerra, mandadas por un mariscal de campo y varios coroneles y tenientes coroneles, en aptitud de suministrar batallones de guerra para Polonia, Italia y España y con un solo depósito que fuese la matriz de todos los destacamentos que de él saliesen. De este modo se desnaturalizaba el regimiento, que es, como dejamos dicho, la base más segura, puesto que tiene por tipo y medida la fuerza física del jefe de batallón y la fuerza moral del coronel, y se le substituía una nueva composición, de todo punto arbitraria, para comodidad de una posición única como el genio y la fortuna de Napoleón; porque, no siendo á él, ¿á quién podía jamás ocurrírsele el tener que enviar batallones de un mismo regimiento á Polonia, Italia y España? Tenía tal empeño en esta nueva idea, que no dejó nunca de trabajarle, así en su reinado como en el mismo destierro. Sin embargo, por efecto de las impugnaciones de Lacuée y de Clarke se redujo á un termino medio, que sin desnaturalizar el regimiento, aumentaba su composición, disminuyendo el número total de los cuerpos. Decidió por un decreto, que no firmó definitivamente hasta el día 18 de febrero, que todos los regimientos de infantería constasen en lo sucesivo de cinco batallones, cuatro de guerra y uno de depósito; cada batallón de seis compañías, una de granadero, otra de cazadores y cuatro de fusileros. El batallón de depósito había de componerse de cuatro compañías solamente, no formando las compañías de preferencia sino en guerra. Según este decreto, la compañía se componía de ciento cuarenta hombres, el regimiento total de tres mil novecientos setenta hombres, ciento ocho oficiales y tres mil ochocientos sesenta y dos sargentos y soldados. El coronel y cuatro jefes de batallón mandaban los batallones de guerra, y el mayor quedaba en el depósito. Según esta formación, que excedía ya de las proporciones naturales del regimiento y que era producto exclusivo de la situación de Napoleón y de la Francia, un mismo regimiento que tuviese, por ejemplo, su depósito en el Rhin, podía tener dos batallones de guerra en el grande ejército, uno en las costas de Normandía y otro en España. Un regimiento que tuviese su depósito en el Piamonte, podía tener dos batallones de guerra en Dalmacia, uno en Lombardía y otro en

Cataluña. De este modo, cada cuerpo tomaba parte en todos los géneros de guerra á un mismo tiempo, y cuando cesaban las hostilidades en el Norte, se cuidaba de que descansase la gente que acababa de servir en Polonia y de enviar á España á todos los que no habían tomado parte en las últimas campañas, ó que tenían suficiente resistencia y voluntad para hallarse en varias campañas seguidas. Pero esta composición de regimientos, que quizás ofrecía ciertas ventajas para Napoleón y para el imperio en su estado presente, era una prueba singular de la influencia que empezaba ya á ejercer en la organización militar una política extremada. Mientras que la extensión de sus empresas iba á debilitar los ejércitos de Napoleón dispersándolos, se debilitaba también el mismo regimiento dilatándose desmesuradamente y amortiguando la energía del espíritu de compañerismo entre hermanos de armas tan separados unos de otros. Un cuerpo militar es en todo que tiene sus proporciones naturales, y si es lícito decirlo así, su arquitectura, que es muy fácil desnaturalizar queriendo extenderla demasiado.

Fuera de esto, muchas disposiciones del decreto que analizamos revelaban los nobles y varoniles sentimientos del grande hombre que lo había concebido. El águila del regimiento, símbolo de respeto, de amor y abnegación para los soldados, por cifrarse en ella su honor, debía estar donde estuviere el mayor número de batallones, y confiarse á un porta que tuviese graduación, categoría y paga de teniente, y que contase diez años de servicio ó hubiese figurado en las campañas de Ulm, Austerlitz, Jena y Friedland. A su lado debía haber, con la denominación de segundo y tercer porta, y con la graduación y paga de teniente, dos veteranos que se hubiesen hallado en los más grandes combates y que no hubieran podido ascender por carecer de letras: digno modo de emplear y premiar á los valientes de menos inteligencia que corazón. Todo, pues, en el Estado recibía el influjo del genio desmedido de Napoleón y de su alma grande.

Exaltado por el convencimiento de su poder, y creyendo que todo le era permitido desde que la Inglaterra se propasaba á todo, considerando la guerra continental como concluida y la prolongación de la guerra marítima como una dilación útil para la consumación de sus designios, resolvió Napoleón á quebrantar cuantos obstáculos se opusieran á su voluntad. Mientras dictaba las órdenes que acabamos de mencionar para obligar á la península española á entrar en el sistema de su imperio, despachaba otros poco más ó menos semejantes para forzar en igual sentido á la península italiana, para acabar por un lado con la soberanía del papa que le servía de estorbo en el centro de Italia, y por otro con la de los Borbones de Nápoles, que desafiaban su poder desde la isla de Sicilia.

Vimos ya de qué manera la negativa de restituir las Legaciones á la Santa Sede después de la consagración, y luego la conquista del reino de Nápoles, que acababa de convertir los Estados romanos en una especie de partícula extraña del imperio francés, habían sucesivamente descontentado á Pío VII y convertido su habitual mansedumbre en una exasperación continua y á veces violenta contra Napoleón, á quien sin embargo estimaba. El despojo sufrido en los principados de Benevento y



de Ponte-Corvo, adjudicados á Mr. de Talleyrand y al mariscal Bernadotte, la ocupación de Ancona y el paso continuo de tropas por sus Estados, habían puesto el colmo al disgusto y la exasperación del Padre Santo. No quería ceder á ninguno de los deseos de la Francia, y los desairaba todos, unos por razones especiosas, otros por razones que no tenían sombra de tales ni quería tomarse el trabajo de explicar. Habíase negado en un principio á anular el primer casamiento del príncipe Jerónimo, celebrado sin ninguna formalidad, y sólo había consentido, después que la autoridad eclesiástica francesa había pronunciado su anulación, en hacer la vista gorda. Habíase negado á reconocer á José por rey de Nápoles, habíase acogido en Roma á los cardenales napolitanos recalcitrantes, y dado albergue en los arrabales de dicha capital á todos los bandoleros que asesinaban franceses. Tenía consigo al cónsul del rey de Nápoles destronado, so pretexto de que este rey, que estaba retirado en Sicilia, era por lo menos soberano de esta isla y podía por lo tanto hacerse representar en Roma. No había querido acceder á expulsar á los ingleses del territorio de los Estados romanos, diciendo ser él un soberano independiente que podía estar en paz ó en guerra con quien quisiese; y añadía que por su carácter de cabeza de la cristiandad no debía ponerse en guerra con ninguna potencia cristiana aunque no fuese católica. Dilataba la institución canónica de los obispos, exigía que los obispos italianos hiciesen un viaje á Roma, contestaba la extensión del concordato francés á las provincias italianas incorporadas á la Francia, como la Liguria ó el Piamonte, y la extensión del concordato italiano á las provincias venecianas, últimas que se habían agregado al reino de Italia. Por último, no se prestaba á ninguno de los arreglos propuestos para la nueva Iglesia alemana, y sobre la cosa más insignificante suscitaba, no sólo sus dificultades naturales, sino también otras que no existían y que él expresamente creaba. Este era el pago que recibía Napoleón por su negligencia en contentar á la corte de Roma, que hubiera podido mantener en más favorable espíritu con algunas concesiones territoriales poco costosas; pues sin tocar á los reinos de Lombardía y de Nápoles, tenía los Estados de Parma, Plasencia y Toscana para redondear los dominios de la Santa Sede. Verdad es que su imperioso deseo de sujetar la Italia entera á su sistema de guerra contra los ingleses hubiera sido siempre para él una dificultad muy grave; pero seguramente se habría podido muy bien alcanzar, bajo la forma de un tratado de alianza ofensiva y defensiva, que el papa satisfecho prestase su adhesión á todas las condiciones de guerra que se querían imponer á la Italia.

No tomando en consideración los motivos que le habían enemistado con el Padre Santo, mandó Napoleón que se le hiciese la siguiente intimación: «Sois soberano de Roma; no hay duda; pero vuestro Estado está dentro del imperio francés. Sois papa: yo soy emperador, tanto como lo eran los emperadores germánicos, y como antes lo había sido Carlomagno por más de un concepto: porque tengo poder para ello, y porque os he hecho beneficios. Obedeceréis por lo tanto las leyes del sistema federativo del imperio, y vuestro territorio quedará cerrado á mis enemigos.» La forma de esta pretensión ofendió á Pío VII más aún que su fondo. Sus miradas,

habitualmente llenas de dulzura, se encendieron de cólera, y declaró al cardenal Fesch que no reconocía ningún soberano superior á él en la tierra; que si se trataba de renovar la tiranía de los emperadores alemanes de la Edad Media, él renovaría la resistencia de Gregorio VII, y que aunque se pretendiese que las armas espirituales habían perdido su eficacia, él haría ver que todavía podían ser poderosas contra un soberano de origen reciente, á quien había consagrado con sus propias manos, y que debía á aquella consagración una parte de su ascendiente moral. Respondió Napoleón que tenía muy poco las armas espirituales en el siglo diez y nueve; que sin embargo no se proponía dar la menor ocasión á su legítimo empleo, absteniéndose completamente de mezclarse en asuntos religiosos; que se limitaría á castigar al soberano temporal, dejándole en el Vaticano, y respetando en él al obispo de Roma y cabeza de los obispos de la cristiandad; y que por lo tocante al príncipe temporal, cuya soberanía espiritual no recibiría el más leve detrimento, nadie se interesaría por él, ni en Francia ni en Europa.

El cardenal Fesch, cuyo carácter altanero y talento adocenado y revoltoso podían comprometer las más sencillas negociaciones, fué substituído por Mr. Alquier, personaje acostumbrado en las cortes de Madrid y Nápoles á tratar con las antiguas dinastías y propenso á tratarlas con todo miramiento; mas no por esto cambió la situación, ni perdieron su acrimonia las relaciones entre los dos gobiernos. La corte pontificia trató sin embargo de enviar á París un cardenal, para terminar con una transacción las desazones que mediaban entre Roma y el imperio, y eligió en efecto al cardenal Litta. No quiso Napoleón aceptarle por considerarle animado de malísimo espíritu; eligióse entonces al cardenal francés de Bayanne, miembro ilustrado y prudente del Sacro Colegio. Al mismo tiempo el papa, para probar que el cardenal Consalvi no era el autor de aquella resistencia, como suponía Napoleón, le separó siendo muy amigo suyo de la secretaría de Estado, y se la confió al cardenal Casoni, prelado anciano sin carácter y sin talento. «Ahora verán, exclamaba con un orgullo que solía inflamarle de repente cuando se le exasperaba, á pesar de su mansedumbre, ahora verán que es conmigo solo con quien han de habérselas; que á mí es á quien han de oprimir y pisotear los soldados franceses antes que violentar mi autoridad.

Napoleón, sin usar, como hemos dicho, de miramientos, hizo ocupar militarmente por el general Lemarrois las provincias de Urbino, Ancona y Macerata, que forman la ribera del Adriático, y entonces la Santa Sede, papa y cardenales, temiendo que tocase á estas provincias la misma suerte que á las Legaciones, trataron momentáneamente y aun entablaron un acomodamiento bajo las siguientes condiciones:

El papa, soberano independiente de sus Estados, proclamado como tal y sostenido por la Francia, debería sin embargo contraer con ella una alianza, y siempre que el imperio estuviese en guerra debería expulsar á sus enemigos del territorio que formaba los Estados romanos;

Las tropas francesas deberían ocupar á Ancona, Civitavecchia y Ostia, pero serían mantenidas por el gobierno francés;

El papa se obligaría á abrir y dejar expedito el puerto de Ancona;

Reconocería al rey José, haría entregar sus pasaportes al cónsul del rey Fernando, expulsaría á los asesinos de los franceses y á los cardenales napolitanos que se habían negado á prestar juramento, y renunciaría á su antiguo derecho de investidura sobre la corona de Nápoles;

Consentiría en hacer extensivo el concordato de Italia á todas las provincias que componían el reino de Italia, y el concordato de Francia á todas las provincias de Italia que eran ya provincias francesas;

Nombraría sin demora los obispos franceses é italianos, y no exigiría de estos últimos el viaje á Roma;

Designaría plenipotenciarios encargados de celebrar un concordato germánico;

Ultimamente, para tranquilizar á Napoleón sobre el espíritu del Sacro Colegio romano y para proporcionar la influencia de la Francia á la extensión de su territorio, haría que entre el número total de cardenales hubiese una tercera parte de cardenales franceses.

Iba á celebrarse este arreglo, cuando el papa negó su conformidad de una manera perentoria, arrastrado por ciertas enojosas sugerencias, y ofendido principalmente por dos de estas cláusulas, á saber: la que obligaba á la Santa Sede á expulsar de su territorio á los enemigos de la Francia, y la que aumentaba el número de los cardenales franceses: cláusulas inevitable la primera según la situación geográfica de los Estados romanos, y propia la segunda para dejarlo todo pacificado en lo venidero.

Entonces, sin dar ya oídos á la menor observación y sin escuchar siquiera el ofrecimiento de meditar mejor aquella negativa, mandó Napoleón entregar sus pasaportes al cardenal de Bayanne y despachó las órdenes necesarias para la invasión de los Estados romanos. En realidad tanto en aquella cuestión como en la de España, quería él provocar una solución definitiva, esto es, dejar al papa en el Vaticano con una renta pingüe y con una autoridad puramente espiritual, y despojarle de la soberanía temporal de la Italia del centro. Pero como esperaba tener que habérselas con los españoles dentro de dos ó tres meses, es decir, cerca de la Pascua, no quería que la causa de religión se agregase á la causa política para soliviantar á un pueblo por su índole fanático. Proyectó por lo tanto ocupar momentáneamente á Roma y las provincias que baña el Mediterráneo, lo mismo que había hecho con las del Adriático; mandó al general que mandaba en Toscana reuniese dos mil quinientos hombres en Perusa, al general Lemarrois que encaminase otros tantos sobre Foligno, al general Miollis que se pusiese al frente de estas dos brigadas, que avanzase con ellas sobre Roma, recogiese al paso una columna de tres mil hombres que José tenía encargo de hacer salir de Terracina é invadiese con estos ocho mil soldados la capital del orbe cristiano.

El general Miollis tenía que entrar de grado ó por fuerza en el castillo de Sant-Angelo, reasumir el mando de las tropas del papa, dejar á éste aislado en el Vaticano con una guardia de honor, no entrometerse en cosa alguna de gobierno, y decir que sólo iba á ocupar á Roma por más ó menos tiempo, con un objeto puramente militar y para alejar del Estado romano á los

enemigos de la Francia. Sólo debía apoderarse de la policía, y valerse de ella para expulsar á todos los malhechores que tenían en Roma su guarida para echar á los cardenales napolitanos á Nápoles y tomar de las arcas públicas lo necesario para mantener las tropas francesas.

El ilustre Miollis, veterano de la república, que reunía á un carácter inflexible el más cultivado ingenio, la probidad más pura y una gran costumbre de tratar con príncipes italianos, era más á propósito que ningún otro para cumplir esta misión rigurosa guardando los debidos miramientos al jefe de la cristiandad. Napoleón le asignó un sueldo considerable, mandándole sostener en Roma un gran boato para acostumbrar á los romanos á mirar al general francés instalado en el castillo de Sant-Angelo como la verdadera cabeza del gobierno, más bien que al príncipe arrinconado en el Vaticano.

La invasión de Portugal atrajo hacia Gibraltar las tropas que los ingleses tenían en Sicilia y las que habían recogido derrotadas en Alejandría. No quedaban en Sicilia para conservar estas reliquias de su corona á su malhadada víctima la reina Carolina más que siete ú ocho mil hombres. La ocasión no podía ser más propicia para preparar una expedición contra aquella isla, y aprovecharse de la reunión de las escuadras francesas en el Mediterráneo para transportarla. Había mandado Napoleón al almirante Rosily, que mandaba la escuadra francesa de Cádiz, y al almirante Allemand, que mandaba la brillante división de Rochefort, que levasen el ancla á la primera ocasión favorable, y se reuniesen á la división de Tolón. Consiguió que se diese la misma orden á la división española de Cartagena, mandada por el almirante Valdés, ejecutándose con bastante puntualidad por mostrarse á la sazón el gobierno español muy deferente y sumiso, y se lisonjeó de que si todas estas reuniones se verificaban con felicidad, podría tener juntos en Tolón veintitantos navíos bajo el almirante Ganteaume. Con sólo la reunión de la escuadra de Rochefort, que era una de las más probables atendido el punto de partida, y lo que era más de desear atendida la calidad de las tripulaciones y del comandante, tenía lo suficiente para transportar un ejército á Sicilia y abastecer de vituallas á Corfú, objeto secundario y no el menos importante de la expedición. Mandó con este objeto al almirante Ganteaume que reuniese en Tolón y embarcase la división ya reunida en este puerto una masa considerable de municiones de toda especie, como trigo, galleta, pólvora, proyectiles, cureñas y herramientas, para depositar este cargamento en Corfú cualquiera que fuese el éxito de la operación contra Sicilia. Mandó á José que reuniese en Baya ocho ó nueve mil hombres con su armamento completo, y en Scyla, enfrente del Faro, siete ú ocho mil, con muchas falúas y embarcaciones á propósito para atravesar el pequeño brazo de mar que separa á Sicilia de la Calabria. Quería que estuviese todo dispuesto, de modo que el almirante Ganteaume, que había zarpado de Tolón y llegado á vista de Baya, pudiese embarcar los ocho ó nueve mil hombres reunidos en aquel punto y transportarlos en veinticuatro horas al Norte del Faro, adonde irían á agregárseles por su parte los otros siete ú ocho mil reunidos en Scyla y embarcados en los pe-